

Knut Hamsun obtuvo el Premio Nóbel en 1920. En su novela *Hambre* (1888) describe el estado calamitoso de un escritor o articulista sin trabajo, quien cuenta su terrible experiencia de hambre. [Aguilar Crisol, Madrid, 1957].

Me era imposible escribir. Después de algunas líneas, ya no se me ocurría ninguna idea; mis pensamientos estaban en otra parte y yo era incapaz de intentar un esfuerzo determinado. Todo influía en mí y me distraía; todo lo que veía me producía una impresión nueva. Moscas y mosquitos se posaban en el papel y me descomponían; soplaban sobre ellos para echarlos, soplaban cada vez más fuerte, pero sin éxito... Volví los papeles a mi bolsillo y me recosté en el respaldo del banco. En aquel instante sentía despejada mi cabeza que podía pensar los más sutiles pensamientos sin experimentar fatiga. Extendido en aquella posición, dejo correr mi vista a lo largo de mi pecho y de mis piernas y noto el movimiento de mi pie a cada influjo de la sangre. Me incorporo y miro a mis pies. Experimento entonces una sensación extraña y fantástica que hasta entonces no había notado. Era, a lo largo de mis nervios, una sacudida ligera, maravillosa, como si los hubieran recorrido ondas luminosas. Al dirigir la vista a mis zapatos me parece encontrar un buen amigo o una parte separada de mí mismo. Es como un reconocimiento. Esta sensación hace vibrar mis sentidos, las lágrimas acuden a mis ojos y percibo mis zapatos como el ligero murmurio de una música que sube hacia mí. «¡Debilidad!», me dije rudamente a mí mismo. Cerré los puños al decir «¡Debilidad!»... Disparaté acerca de estas sensaciones durante un gran rato, quizá durante una hora entera. (53-55).

¿Dónde demonios encontrar un hueco para pasar la noche? ... Por una repentina asociación de ideas, me encuentro en una gran habitación con dos ventanas, en la que había vivido antes... Veo sobre la mesa una bandeja llena de enormes reba-

nadas de pan con manteca y compota. Cambian de aspecto y se convierten en una chuleta seductora, una servilleta blanca como la nieve, mucho pan, un tenedor de plata. La puerta se abre; la patrona entra a ofrecerme una segunda taza de té... ¡Visiones y ensueños! Pienso que si comiera ahora, mi cabeza se trastornaría de nuevo, la fiebre se apoderaría de mi cerebro y tendría que luchar con una muchedumbre de invenciones insensatas. No soportaría el alimento, no estaba constituido para ello; es una singularidad, una idiosincrasia. (91-92).

Un singular desmayo me invadió repentinamente. Seguí sin querer prestarle atención; pero iba de mal en peor, y finalmente me vi obligado a sentarme en un escalón. Toda mi alma sufría una transformación, como si en el fondo de mi ser se separara una cortina, como si una tela se hubiera desgarrado en mi cerebro. Aspiré varias veces profundamente, y permanecí allí, lleno de asombro. No había perdido la conciencia... (99).

#### [Sigue contando su situación]

El hambre me alteraba el sistema nervioso. Miré un cucurucho de papel blanco, que tenía el aspecto de envolver monedas de plata relucientes y me engañé imaginando que contenía algo. Hasta me invité a adivinar la cantidad... Estaba transido de inanición, el hambre me enloquecía por completo (125-126).

La noche estaba muy avanzada cuando mi excitación cesó. Una tranquilidad agobiadora cayó sobre mí, era una agradable lasitud a la que me abandoné sin resistencia. La oscuridad era un poco más densa... [Echado sobre un banco] Ya no sentía ningún dolor; el hambre me había embotado la sensibilidad; por el contrario, me sentía deliciosamente vacío, sin ningún contacto con lo que me rodeaba, y feliz por no ser visto de na-

die... Estaba ausente de mí mismo, me sentía deliciosamente lejano. (128-129).

Me había dormido echado en el banco... La oscuridad había aumentado y apenas podía distinguir las facciones del agente que estaba ante mí.

—¡Vamos —dijo—, levántese!

Me levanté en seguida. Si me hubiera ordenado que me volviera a echar, le hubiera obedecido igual. Estaba muy deprimido, completamente sin fuerzas, y además comencé casi instantáneamente a sentir hambre....

¡Si tuviese aunque sólo fuera un poco de pan que llevarme a la boca! Uno de esos deliciosos panecillos de centeno que se pueden comer andando. Me representé con toda atención la clase especial de pan de centeno que sería bueno poseer. Tenía un hambre canina, anhelaba estar muerto y desaparecido, me puse sentimental y comencé a llorar. Mi miseria, ¿no tendría nunca fin?. (132).

El hambre me roía intolerablemente, y no me dejaba reposar. De vez en vez tragaba saliva, con la esperanza de satisfacerme, y me parecía que esto me tranquilizaba. Hacía ya muchas semanas, antes de este ayuno completo, que había tomado demasiado poco alimento y mis fuerzas habían disminuído considerablemente en los últimos tiempos... Habían sufrido sobre todo mi espalda y mis hombros. Tosiendo fuerte o marchando inclinado, podía contener un momento aquel malestar del pecho; mas para el hombro y las espaldas no tenía remedio (134).

[En la celda de un refugio para mendigos]

No tenía sueño y no podía dormir. Estuve echado un momento, mirando la oscuridad, aquellas espesas y macizas tinieblas que no tenían fondo y que no podía concebir. Mi imaginación era incapaz de comprenderlas.

Mi nerviosidad llevaba toda la ventaja, y por más que lo intentaba todo para combatirla, no conseguía nada. Yo estaba allí, víctima de las más extrañas fantasías, imponiéndome silencio a mí mismo, tarareando canciones de cuna, sudando a causa de los esfuerzos que hacía para calmarme. (144).

Comprendía que deliraba... Mi locura era un delirio de debilidad, agotamiento; pero no había perdido mi conciencia. Y, de repente, una idea atravesó mi cerebro; la idea de que me había vuelto loco. Sobrecogido de terror, salté de la cama. Fuí tambaleándome hacia la puerta, que intenté abrir, y dos o tres veces me lancé contra ella para hacerla saltar; di de cabeza contra la pared, me quejé en alta voz, me mordía los dedos... (150).

[Días después, en otro sitio]

Tenía un hambre terrible. Cogí del suelo una viruta de madera y la mastiqué. Esto me satisfizo. ¡Cómo no se me había ocurrido antes!. (156).

Masticaba mi viruta sin interrupción, y marchaba vacilante por las calles, tan aprisa como podía. (166).

Cerca de mí estaba sentada una vendedora de pasteles, con su curtida nariz inclinada sobre su mesita de mercancías absurdamente llena de golosinas. Me volví con repugnancia, porque invadía todo el muelle con olor a comida. ¡Puf! ¡Abrid las ventanas! Me dirigí a un caballero que se sentaba a mi lado, y le expliqué del modo más convincente aquel abuso: vendedores de pasteles por aquí, vendedores de pasteles por allá... ¿No?. (167).

En la plaza del Gran Mercado me senté en un banco cercano a la iglesia. ¡Dios mío, qué oscuro se me presentaba el porvenir! No tenía fuerzas ni para llorar. En el límite de la tortura, permanecía allí sin oír ni entender nada, inmóvil y hambriento. Me ardía el pecho, produ-

ciéndome un escozor muy doloroso. Masticar virutas ya no me servía de nada; mis mandíbulas estaban cansadas de aquel trabajo estéril, y las dejé en reposo. Me di las gracias. Por otra parte, una cáscara de naranja que había cogido del suelo y empezado a masticar me produjo náuseas. Estaba enfermo. Tenía las venas de las muñecas hinchadas y azuladas. (182).

Nuevamente me senté en un banco... Estaba medio dormido, y reflexionaba y sufría cruelmente. Me había metido en la boca una guija, después de limpiarla, para tener algo que chupar. Aparte esto, no hacía ningún movimiento, ni siquiera movía los ojos. Las gentes iban y venían... (188).

[Pasa el tiempo, otro lugar]

La última crisis me había maltratado demasiado. Empezaba a caérseme el cabello en gran cantidad, tenía dolores de cabeza que me hacían sufrir mucho, sobre todo durante la mañana, y los nervios no se calmaban.

Escribía con las manos envueltas en trapos, por no poder tolerar la sensación de mi propio aliento en la piel. Cuando Jens Olai cerraba con violencia la puerta de la cuadra, o cuando un perro, entrado en la cuadra, empezaba a ladrar, me hacía el efecto de que me introducían puntas de hielo hasta la médula de los huesos y me pinchaban por todas partes. Realmente estaba bastante mal. (208).

Me levanté, me puse los zapatos y empecé a pasear por la habitación para entrar en calor. Había escarcha en los cristales de la ventana; miré afuera, nevaba; en el patio interior, una espesa capa de nieve se extendía sobre el piso y sobre la fuente.

Paseaba por el cuarto dando vueltas de un lado a otro, rascaba las paredes con las uñas, apoyaba con precaución la frente en la puerta, golpeaba el suelo con

el dedo índice, todo sin ninguna razón; pero con calma y circunspección, como si se tratara de un asunto importante. Y a pesar de que dije lentamente y en voz basta alta para oírlo yo mismo: «¡Dios mío, esto es la locura!», continué haciendo la mismo. Al cabo de un rato, quizás de un par de horas, reuní mis fuerzas, me mordí los labios y me incorporé lo mejor que pude. ¡Era preciso acabar aquello! Busqué una viruta que mascar y me puse a escribir resueltamente. (227-228).

A duras penas conseguí escribir algunas cortas frases, una veintena de pobres palabras que me arrancaba a tirones, para avanzar algo por lo menos. Luego me detuve; mi cabeza estaba vacía; no podía más...

Yo estaba completamente atontado y no hacía más que producir chasquidos con la lengua. El estado de mi estómago era lamentable.

Comenzaba a oscurecer, cada vez estaba más abatido, me oprimía la fatiga y me recosté en la cama. Para calentarme las manos pasaba los dedos por mi cabello, a lo largo, a lo ancho, de través. Cogía pequeños mechones, pelos arrancados que se me quedaban entre los dedos e inundaban la almohada... Intenté nuevamente sacudir el extraño sopor, que se infiltraba en todos mis miembros como una bruma; me senté de nuevo en la cama, me golpeé con la mano las rodillas, tosía todo lo fuerte que me permitía el pecho, y caí de nuevo en la cama. No podía hacer nada; me extinguía sin remedio, con los ojos abiertos, completamente fijos en el techo. Por último, metí mi dedo índice en la boca, y comencé a chuparlo. Algo comenzó a moverse en mi cerebro, una idea que se abría camino allá dentro, una invención completamente de loco; ¡eh! ¿y si mordiera? Y, sin reflexionar, cerré los ojos y apreté los dientes.

Di un salto. por fin estaba despierto. De mi dedo goteaba un poco de sangre y

la chupé. No me molestaba. Además, la herida no tenía importancia; pero de repente había vuelto sobre mí; movía la cabeza; fuí a la ventana a buscar un trapo que ponerme en la herida. Mientras me ocupaba de esto, mis ojos se llenaron de agua y lloré en silencio. El esquelético dedo mordido tenía un aspecto muy lamentable. ¡A qué situación había llegado, Dios del Cielo!

La oscuridad aumentaba. Quizá no fuese imposible escribir el final durante la noche, si tuviera una vela...

Al llegar a la calle, se me ocurrió que sería mejor pedir un pan. Estuve indeciso un momento, me paré y medité: «¡De ningún modo!», me contesté, por último, a mí mismo. Desgraciadamente, no estaba en estado de tolerar ningún alimento; volverían las mismas historias, con las visiones, los presentimientos, las ideas insensatas. Mi artículo no quedaría terminado nunca ... «Absolutamente imposible!» Me decidí por la vela. (228-230).

**[Por fin encuentra un dinero para comer]**

[Entra en un establecimiento a comprar una vela, el tendero se equivoca y le da al hambriento articulista diez coronas, como vueltas de un pago que no hizo. Entra enseguida en un figón a comer y pide un bistec]

Empecé a comer; a medida que comía era más voraz y me tragaba grandes trozos sin masticarlos. Desgarraba la carne como un caníbal...

Cuando acabé, gané la puerta rápidamente. Ya tenía náuseas...

El alimento comenzaba a surtir efecto; me hacía sufrir y seguramente no podría soportarlo por mucho tiempo. Según iba andando, vaciaba mi boca en cada rincón sombrío de la calle, luchaba por contener las náuseas, que aumentaban cada vez más; apretaba los puños y me resistía; golpeaba el suelo con el pie y volvía a

tragar rabiosamente lo que me subía del estómago... ¡Inútil! Terminé por correr hacia la puerta cochera, doblado, cegado por el agua que acudía a mis ojos, y allí me vacié de nuevo.

Esto me desesperó, subí la calle llorando, maldiciendo las potencias crueles que me perseguían de tal suerte... Fuí derecho hacia un hombre que estaba embobado ante un escaparate, y le pregunté apresuradamente qué convenía, según él, dar a un hombre que había ayunado mucho tiempo. Iba en ello su vida, dije, y no soportaba el bistec.

—He oído decir que es buena la leche, leche hervida —contestó el hombre, sorprendido...

Entré en el primer café que encontré, y pedí leche hervida. Me la sirvieron y la bebí tan caliente como pude, tragué con glotonería hasta la última gota, pagué y salí. (238-240).

**[Días después, sigue sin empleo ni dinero]**

¡En qué triste estado me hallaba, Dios mío! Tan profundamente hastiado y fatigado me sentía de toda mi vida miserable, que, a juicio mío, no valía la pena luchar más para conservarla. La adversidad había tomado la delantera y había sido muy ruda; estaba extraordinariamente destrozado, no era más que la sombra de lo que había sido. Mis hombros estaban hundidos, fuera de su sitio, y adquirí la costumbre de andar completamente encorvado para proteger mi pecho lo mejor posible... (268).

Lo único que me molestaba un poco era, a pesar de mi repugnancia por la comida, el hambre que tenía. Comencé a sentir de nuevo un apetito escandaloso, un profundo y feroz deseo de comer que aumentaba sin cesar. Me roía implacablemente el estómago, donde se realizaba un trabajo silencioso, extraño. Me parecía llevar en él una veintena de gusanos que

volvían la cabeza a un lado y roían un poco, volvían la cabeza al otro lado y roían otro poco, permanecían un instante tranquilos, volvían a su trabajo y se abrían un camino sin ruido y sin prisa, dejando espacios vacíos por donde pasaban...

No estaba enfermo, sino agotado, y comencé a transpirar... (277).

Tenía un hambre cruel, y no sabía cómo poner término a mi feroz apetito. Me senté de un lado y luego del otro, en el banco, y apoyé el pecho en las rodillas. Cuando oscureció, me arrastré hacia el Depósito.

Dios sabe cómo llegué hasta allí... y me senté en la esquina de la balaustrada. Arranqué uno de los bolsillos de mi americana, y empecé a masticarlo —sin ninguna idea fija, desde luego— con aspecto sombrío, con la mirada fija ante mí, sin ver; aparte esto, no advertía nada.

De repente se me ocurrió bajar a uno de los puestos del Mercado de carnes, para procurarme un pedazo de carne cruda... Descaradamente me dirigí al primer dependiente que me encontré:

—Tenga usted la amabilidad de darme un hueso para mi perro -dije-. Nada más que un hueso, aunque esté bien pelado; es sólo para que tenga algo que llevarse a la boca.

Me dio un hueso, un magnífico hueso, al que se adhería algo de carne, y me lo guardé en el bolsillo. Di las gracias al hombre tal calurosamente, que me miró asombrado.

Me metí en el callejón de los Herberos...; empecé a morder la carne del hueso.

No era agradable, despedía un nauseabundo olor de sangre vieja, y me dió un vómito en seguida. Hice una nueva tentativa. Si pudiera retener un trocito de carne, produciría su efecto. Probé de nuevo, pero me dieron bascas. Me enfurecía, mordía violentamente la carne, arranqué un pedacito y lo tragué a la

fuerza. De nada me sirvió. Tan pronto los pedazos de carne se calentaban en mi estómago, ascendían. Apreté locamente mis puños, lloré de desesperación, y mordía como un poseído; tanto lloré, que el hueso se mojó de lágrimas; vomité, juré y mordía cada vez más fuerte; oré como si mi corazón fuera a romperse, y vomité otra vez. En voz alta amenacé a todas las potencias del mundo con las penas del infierno... Permanecí allí una media hora, sollozando y gruñendo, arriado a la puerta. (282).

Tenía la sensación de que ya no me quedaba vida, de que, en el fondo, entonaba mi canto de cisne. Pero me era indiferente y no me preocupaba en absoluto; por el contrario, me dirigí a la parte baja de la ciudad, hacia los muelles, cada vez más lejos de mi casa. Con la misma indiferencia me hubiera tumbado en la calle para morir. Los sufrimientos me dejaban cada vez más insensible. (284).

[Prosigue sin trabajo y sin dinero]

Había llegado a la esquina de la calle de Lutines y plaza del Ferrocarril, y, de repente, la calle comenzó a dar vueltas ante mí, toda zumbaba en mi cabeza vacía y caí contra la pared de una casa. No podía andar, ni siquiera levantarme; quedé caído contra la pared y sentí que empezaba a perder el conocimiento. Aquel ataque de inanición no hizo más que aumentar mi loca cólera, levanté el pie y golpeé el suelo. Hice nuevos movimientos para concentrar mis fuerzas, apreté los dientes, fruncí las cejas, giré desesperadamente los ojos y todo ello empezó a producir efecto. Mis ideas se aclararon, y comprendí que estaba a punto de sucumbir. Adelanté las manos y me separé de la pared. la calle seguía bailando y girando conmigo. Me puse a hipar de rabia y luché con toda mi alma contra mi angustia. Resistí valientemente para no caer. Veo que hay patatas en un

carro, pero, rabioso, por tozudez, quiero decir que no son patatas, que son coles...

Transcurría el tiempo. Me dejé caer en un escalón que había junto a mí, enjuagué el sudor de mi frente y de mi cuello, aspiré profundamente e hice esfuerzos para estar tranquilo.

Volví a examinar mi situación. El hambre era intolerable, y dentro de algunas horas sería de noche; se trataba de encontrar una solución, puesto que todavía había tiempo. (376-377).

---